

Lisandro

Esta es la historia de un hombre, Lisandro. Es una historia real y en presente. Está sucediendo ahora, en este preciso instante. No es una historia pasada... o sí.

Lisandro camina solo por las calles de su ciudad. En cualquier parte del mundo, no importa cuál. Una ciudad como la de usted, como la mía.

Llega el otoño. Es temprano. Los primeros rayos de sol le acarician el rostro con calidez. Observa las hojas que caen de los árboles, mecidas por el aire al ritmo de una música que solamente la naturaleza oye.

Le gustaría detener el tiempo, o mejor, retroceder. Volver a ser aquel niño que jugaba confiado en que su mundo siempre sería feliz.

Circula atento a todo cuanto sucede a su alrededor. No quiere, no debe perder detalle. Busca algo. Se trata de algo muy importante para él, lo más importante de su vida, quizá.

Aun así, no desespera. Tiene mucho tiempo por delante y está seguro de que tarde o temprano lo encontrará, y entonces... todo cambiará, o al menos esa esperanza tiene; por eso no debe precipitarse. Todo lo que es trascendental lleva su tiempo y esto lo es sin duda alguna.

Sabe que lo que a él le ocurre ya ha sucedido otras veces, muchas, y eso le infunde ánimos para continuar con su labor. Ha de encontrar lo que ha perdido. Es imprescindible. Para él mismo y para los suyos. Es lo máspreciado que poseía y no puede consentir que ese legado quede en el olvido. Es suyo, le pertenece y está decidido a recuperarlo... aunque sea lo último que haga.

Mira por todas partes, pero nada. No está seguro de si realmente lo ha perdido, se lo han robado, o ambas cosas. En cualquier caso, es su responsabilidad y asume su parte de culpa.

Anochece. El aire se vuelve fresco. El sol se apaga en el horizonte y se encienden las luces de la ciudad. Está cansado. Se sienta en un banco de madera solitario, de los muchos que quedan

vacíos a estas horas en los parques. Le apetece fumar un cigarrillo y cavilar un rato antes de volver a casa. No tiene muchas oportunidades de pensar a solas. Quizá por eso le ha ocurrido...

Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta, saca un paquete de tabaco, y una caja de cerillas. Le gusta el calor de la pequeña llama de un fósforo. No usa encendedor, su padre tampoco lo usaba... ¿Qué le diría él si viviera? «No te rindas, Lisandro. ¡Lucha!». Sí, eso le diría.

Una voz vivaracha le rompe el silencio:

—¿Busca algo, señor? —le pregunta un joven de unos diecisiete años, que le ha seguido durante una media hora, intrigado al ver al hombre tan concentrado en su tarea de rastreo.

—Pues sí, busco mi libertad. No la habrás visto por ahí, ¿verdad?

—No, no señor. Y... ¿hace mucho que la perdió?

—Realmente sí. Bueno, a decir verdad no sé si la he perdido, me la han quitado o ambas cosas. De todos modos..., sí, hace bastantes años, pero no me había percatado de ello ¿sabes?

—Y cuando la encuentre, ¿qué va a hacer con ella?

—Mmmm... te la regalaré.

—¿A mí?

—Sí, si me das tu palabra de que no la perderás como yo. Has de protegerla durante toda tu vida. Es un compromiso muy serio.

—Se lo prometo, señor.

Lisandro sonrío, se levanta, da una palmada al chico en el hombro y se dispone a volver a casa, cuando el joven se une a su paseo y le pregunta:

—¿Necesita ayuda? Yo podría serle útil. Cuatro ojos ven más que dos y si el premio ha de ser para mí, justo sería...

—Claro que sí —le mira Lisandro complacido—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Liberto, señor.

—Bonito nombre, muchacho, bonito nombre...

Y juntos emprenden el camino hacia la libertad perdida, robada o ambas cosas.

Ahora continúan su viaje a la conquista de una nueva vida. A ellos se han unido muchos más ojos, muchas más ilusiones y esperanzas. Son los movimientos sociales que eclosionan por

todas partes del mundo en una suerte de fuegos artificiales que unos pocos lanzan y otros, los más, ven de lejos, de muy lejos aún. Muchos de ellos no se conocen ni saben de la existencia de los demás, pero persiguen lo mismo. Están concatenados y tarde o temprano sus caminos se cruzarán.

El hombre, una vez más en la historia, sigue el instinto ancestral que le lleva a moverse, a transformar el orden de las cosas.

Desde que el ser humano puebla la Tierra, no ha dejado de evolucionar, de buscar lo que le pertenece, lo que le es inherente por naturaleza: su libertad. Esa libertad que, en cuanto baja la guardia, le es arrebatada sin escrúpulos por unos pocos que se creen con derecho a poseer la de todos los demás.

El hombre lleva mucho tiempo adormecido y comienza a desperezarse. Despierta del letargo y sale de la cueva en busca de nuevos horizontes. Ha decidido romper de nuevo los barrotes de su prisión, en la que entró sin protestas, sumiso como un corderito, cegado por las promesas de sus carceleros.

Una vez más vuelve a descubrir que la libertad, su libertad, no tiene dueño. Es de todos y a todos corresponde velar por ella aunque el camino sea duro.

El proceso será lento pero inexorable. Ni siquiera sabe dónde está el final de su viaje ni si encontrará lo que desea, pero intuye que es una travesía que necesariamente ha de recorrer. No hay vuelta atrás. El sendero que nuestros antepasados iluminaron para nosotros espera.

Desde la gran Revolución del Neolítico, la Revolución Industrial, la Tecnológica, pasando por cada una de las metamorfosis sociales, culturales, científicas, económicas, sufridas a lo largo de los siglos, algo nos empuja a la búsqueda de la libertad, porque de ella nacen la paz, la solidaridad, la justicia y todos aquellos valores que el hombre ansía. Es por ello que los movimientos sociales son imparables y sempiternos...

En nuestra naturaleza está el cambio.

1º de febrero de 2014

Josefa Vega Maciá

—Desde ELCHE (ALICANTE), ESPAÑA